



LIDDELL HART
(1895-1970)

La estrategia de la aproximación indirecta.

Departamento de Reglamentación y Doctrina
Escuela Superior de Guerra.

El Capitán de Infantería Basil Henry Liddell Hart, nació el 31 de octubre de 1895 en París y se educó en la Universidad de Corpus Christi, en Cambridge, donde se inició en el estudio de la historia.

En 1914 fue nombrado Oficial del Regimiento "King's Own Light Infantry".

En 1915 viajó a Francia, donde como comandante de una compañía de infantería, participó en las batallas de Ypres y del Somme. En 1916 fue gravemente herido y retirado del frente, aprovechando el período de convalecencia para escribir un libro sobre la Ofensiva del Somme, que atrajo la atención sobre el joven escritor y le valió su destinación a la sección histórica del Estado Mayor General.

Debido a las secuelas que dejaron las heridas, fue pasado en 1925 al escalafón de reserva y poco más tarde a la situación de retiro. A partir de este momento se dedicó por completo al estudio de la guerra y de la historia militar.

En 1932, fue profesor de ciencia militar en el Trinity College de Cambridge; en 1934, becario de la Leverhulme Research Fellowship; en 1935, miembro de la delegación británica a la conferencia de estudios internacionales, miembro consejero del Comité de la Unión de la Liga de las Naciones, miembro del consejo para la investigación histórica del Ejército y miembro de la asociación para la libertad intelectual. En 1937 fue nombrado asesor del Ministerio de Guerra Hore Belisha, cargo desde el cual presentó numerosas iniciativas que significaron valioso aporte para las Fuerzas Armadas.

Entre estas merecen destacarse las relacionadas con el desarrollo del arma blindada y mecanizada, el blindaje y me-

canización de la infantería, la defensa antiaérea y el perfeccionamiento de los cuadros de oficiales. El capitán Liddell Hart murió el 30 de enero de 1970.

Su pensamiento ha influido en la organización y empleo de las Fuerzas Militares de los estados más poderosos, y continúa siendo considerado como uno de los historiadores militares más brillantes de nuestro siglo.

Su labor como periodista fue fecunda. Fue corresponsal de los más aprestigiados periódicos ingleses, tales como el "Daily Telegraph", "Times", y "Daily Mail", y redactor del departamento militar e histórico de "Encyclopedia Británica". Como pensador y escritor especializado, cristalizó su ideas en una serie de obras que han sido traducidas a más de 20 idiomas, las cuales se citan cronológicamente a continuación:

1919 — El futuro desarrollo de la unidad de combate

1920 — El desarrollo de un ejército modelo

1922 — La futura guerra mecanizada

1925 — París en el futuro de la guerra

1931 — Foch, el hombre de Orleans

1939 — La defensa de la Gran Bretaña

1943 — La revolución en el arte de la guerra.

1946 — Los generales alemanes hablan

1948 — El ejército soviético

1950 — La defensa de occidente

1954 — Estrategia de la aproximación indirecta

1956 — Disuasión o defensa.

Tal vez su teoría sobre la aproximación indirecta sea la más conocida mundialmente y la más estudiada en centros de docencia militar y política. Hacer un resumen de la obra así titulada sería dispendioso y muchas ideas significativas quedarían sin consideración. Para obviar esta dificultad nos remitimos directamente al autor, quien en los capítulos que a continuación se insertan sintetiza la esencia de su pensamiento.

CAPITULO X

CONCLUSIONES

Nuestro exámen ha comprendido doce guerras que afectaron de un modo decisivo el curso de la historia europea en los tiempos antiguos y las dieciocho más importantes de la his-

toria moderna, contando como una sola la lucha contra Napoleón, que temporalmente se apagaba en una parte para encenderse en otra sin ninguna interrupción duradera. Estos treinta conflictos comprenden más de 280 campañas y en sólo seis de ellas —las que culminaron en Issó, Gaugamela, Friedland Wagram, Sadowa y Sedán— se siguió un resultado decisivo de un plan de aproximación estratégica directa. Analizadas las seis campañas, no justifican, pues, en modo alguno, el empleo sistemático de la estrategia directa por cualquiera que pretenda ser llamado un general. Con la excepción de Alejandro, los generales que han cosechado éxitos de un modo más continuado, cuando se han encontrado ante un enemigo apoyado en una posición fuerte, natural o materialmente, rara vez la han atacado de frente; y cuando se han arriesgado a ello de mala gana y forzados por las circunstancias, el resultado ha sido generalmente el de interrumpir con un fracaso la serie de sus victorias.

La historia muestra, además, que mejor que resignarse a una aproximación directa, los grandes capitanes han preferido incluso la vía indirecta más problemática —en caso necesario, a través de montañas, de desiertos o de pantanos—, empleando sólo una parte de sus fuerzas o hasta separándose voluntariamente de su propia base. Es decir, que han considerado mejor enfrentarse con toda clase de circunstancias desfavorables que aceptar la probabilidad de empate a que conduce el ataque directo. Los azares naturales, por formidables que sean, son siempre por razón de su propia naturaleza menos peligrosos e inciertos que los del combate. Todas las condiciones son más calculables que las de la resistencia humana y todos los obstáculos se superan mejor que los que ella puede presentar.

Combinando los dos exámenes estratégicos y tácticos, encontramos que casi todos los ejemplos caen en una de las dos categorías siguientes. O bien fueron consecuencia de una defensa elástica —repliegue calculado— coronada por una ofensiva táctica, o bien lo fueron de una estrategia ofensiva encaminada a situarse en una posición que “trastorna” al adversario y que se corona con una defensiva táctica: el aguijón en la cola.

Cada uno de ambos conjuntos constituye una aproximación indirecta y la base psicológica de ambos puede expresarse en la palabra “embaucar”. En verdad, podría decirse en un sentido más amplio y profundo que el expresado en la frase de

Clausewitz, que la defensiva es la forma de estrategia más potente y a la vez más económica, puesto que el segundo de los conjuntos indicados, aunque sea en apariencia y desde el punto de vista logístico, una maniobra ofensiva, tiene por fundamento básico inducir al oponente a un avance "desequilibrado". La forma más efectiva de la aproximación indirecta es la que hace dar al adversario un paso en falso, de manera que, como en el jiu-jitsu, su propio esfuerzo contribuya a derribarlo.

En el curso de la historia, la aproximación indirecta ha consistido normalmente en un movimiento militar logístico dirigido contra un objetivo económico: la fuente de aprovisionamientos del ejército o del país enemigo. A veces, no obstante, ha tenido un objetivo puramente psicológico; en todo caso y cualquiera que sea su forma, el efecto a buscar es la dislocación del enemigo; este es el verdadero signo distintivo de la aproximación indirecta.

El arte de la aproximación indirecta solo puede ser conocido y apreciado en todo su alcance por el estudio y la meditación sobre el conjunto de la historia de la guerra. Pero pueden al menos cristalizarse sus lecciones en dos máximas sencillas, una negativa y otra positiva. La primera es que frente al testimonio abrumador de la historia, ningún general tiene derecho a lanzar sus tropas a un ataque directo contra un enemigo establecido en una fuerte posición defensiva. La segunda, que en lugar de tratar de trastornar el equilibrio del enemigo por medio del ataque, ha de lograrse ello antes de que el ataque sea o pueda ser lanzado con éxito.

Lenin enunció claramente una verdad fundamental cuando dijo que la estrategia más sana en cualquier campaña consiste en aplazar la batalla, y la táctica más sana en aplazar el ataque, hasta que la dislocación moral del enemigo haga practicable la ejecución de un golpe decisivo.

CAPITULO XI

CONSTRUCCION

Después de sacar las conclusiones de nuestro análisis de la historia, es conveniente tratar de construir sobre estos nuevos cimientos una habitación más moderna para el pensamiento estratégico.

Ante todo, tratemos de saber claramente lo que es la estrategia.

Clausewitz, en su obra monumental sobre la guerra, la definió como "el arte de emplear las batallas como medio para lograr los objetivos de la guerra". En otros términos, "la estrategia establece el plan de guerra, trata el curso de las distintas campañas que la componen y regula las batallas que han de librarse en cada una".

Esta definición tiene el defecto de que introduce la técnica guerrera en el dominio de la política o alta dirección de la guerra, la cual cae necesariamente bajo la responsabilidad de los gobiernos y no de los jefes militares que aquellos emplean como agentes ejecutivos de las operaciones. Otro defecto de dicha definición es el de limitar el significado de la "estrategia" a la simple utilización de las batallas, surgiendo así la idea de que la batalla es el único medio para lograr el objetivo estratégico. De aquí que los discípulos de Clausewitz, menos profundos que el maestro, dieran el fácil paso de confundir los medios con el fin y llegaran a la conclusión de que en la guerra todas las consideraciones debían subordinarse al objeto esencial de librar una batalla decisiva.

Relaciones con la política.

La distinción entre la estrategia y la política carecería de importancia práctica si las dos funciones fueran asumidas normalmente por una misma persona, como en los casos de Federico y Napoleón. Pero tales autócratas militares han sido siempre raros y en el siglo XIX llegaron incluso a extinguirse temporalmente, por lo que el efecto de esta teoría fue insidiosamente perjudicial, ya que alentó a los militares a emitir la absurda pretensión de que la política debía subordinarse a su dirección de las operaciones y, por otra parte, particularmente en los países democráticos, los políticos tendieron a rebasar a su vez el límite mal definido de las dos esferas y a interferir cerca de su agente militar en el empleo que éste hacía de sus herramientas.

Moltke logró dar una definición más clara y juiciosa, llamando a la estrategia "la adaptación práctica de los medios puestos a la disposición del general para lograr el objetivo propuesto". Esta definición fija la responsabilidad del mando militar ante el gobierno que le emplea, responsabilidad que estriba en su obligación de usar de la manera más conveniente a los intereses de la alta política de guerra las fuerzas que se le han confiado dentro del teatro de operaciones que le ha

sido asignado. Si él considera que las fuerzas se le han dado son inadecuadas para tal fin, tiene el derecho de hacerlo observar así; y si no se admite su opinión, puede rehusar o resignar el mando; pero se saldría de su legítima esfera si tratara de dictar al gobierno la proporción de fuerzas que han de colocarse a su disposición.

Por otro lado, el gobierno que formula la política de guerra y que tiene que adaptarla a condiciones que suelen cambiar a medida que la guerra prosigue, tiene derecho a intervenir en la estrategia de una campaña, no sólo substituyendo a un mando que ha perdido su confianza sino modificando los objetivos de acuerdo con las necesidades de aquella política suya de guerra. Aunque no debe intervenir en el manejo que hace el general de sus instrumentos bélicos, debe indicarle claramente la naturaleza de su misión, ya que la estrategia no tiene necesariamente el sólo objetivo de tratar de destruir la fuerza militar del enemigo. Cuando el gobierno estime que el enemigo posee la superioridad militar en general o en un teatro particular, puede ser indicado que se decida por una estrategia de objetivos limitados.

La razón más corriente para adoptar una estrategia de objetivo limitado es la de aguardar un cambio en el equilibrio de las fuerzas, cambio que muchas veces se busca y se logra agotando la resistencia del enemigo y debilitándole con alfilerazos en vez de arriesgar grandes golpes. La condición indispensable de una tal estrategia es que el desgaste que se impone al enemigo sea desproporcionadamente grande con relación al que sufren las fuerzas propias, y este objeto se puede lograr lanzando incursiones sobre sus líneas de abastecimiento, efectuando ataques locales que destruyan o causen pérdidas desproporcionadas a fracciones de sus fuerzas, tentándole a lanzar ataques infructuosos, obligándole a extender excesivamente su dispositivo y —lo que es muy importante también— agotando su energía moral y física.

Con esto podemos dar, pues, una definición más breve de la estrategia, diciendo que es el "arte de distribuir los medios militares para realizar los fines de la política". La estrategia, en efecto, no se ocupa sólo de los movimientos de los ejércitos —como se la define muchas veces— sino del efecto que de ellos se espera. Cuando la aplicación del instrumento militar desemboca en el combate real, las disposiciones a tomar para

esta acción y la manera de regularla, reciben el nombre de "táctica"; pero la distinción entre las dos categorías, si bien conveniente para un estudio, nunca debe conducir a encerrarlas en dos departamentos separados, porque cada una reacciona y se confunde con la otra.

Del mismo modo que la táctica es una aplicación de la estrategia sobre un plano inferior, la estrategia es una aplicación, también sobre un plano inferior, de la "gran estrategia". Aunque prácticamente sinónimo de la política que sigue la dirección de la guerra, para distinguirla de la política permanente que formula su objetivo, este término de "gran estrategia" sirve para expresar claramente su sentido de "política de ejecución", porque el papel de la gran estrategia es en efecto coordinar y dirigir todos los recursos de la nación al logro del objetivo político de la guerra, del objetivo definido por la política nacional. La gran estrategia deberá calcular y desarrollar los recursos económicos y el potencial humano de la nación, al objeto de sostener el esfuerzo de los elementos combatientes. Y lo mismo hay que decir de los recursos morales, ya que es tan importante fortificar la voluntad de vencer de un pueblo como poseer las formas más concretas de su potencia material. Y la potencia material es sólo uno de los instrumentos de la gran estrategia, la cual ha de considerar y emplear igualmente las potencias de las presiones económica, diplomática, comercial, y finalmente, ética —que no es la menos importante— en su contribución a debilitar la voluntad de resistencia del contrario. Una buena causa es, en efecto, a la vez una espada y un escudo.

Y para terminar, mientras el horizonte de la estrategia está limitado a la guerra, el de la gran estrategia mira más allá de ella, hacia la paz que la ha de seguir. Deberá, no sólo combinar los distintos instrumentos, sino regular su empleo al objeto de evitar daños para el estado de paz futuro, que habrá de ser seguro y próspero.

Estrategia Pura.

Desembarazado así el terreno, podemos ahora edificar sobre él nuestra concepción de la estrategia en su sentido original y verdadero de "arte del General". El éxito del jefe militar depende, en primer lugar y ante todo, del cálculo y coordinación bien establecidos entre el fin y los medios. El

fin debe ser proporcionado a la totalidad de los medios, y los medios empleados en lograr cada uno de los fines intermedios que contribuyen al último, deben ser proporcionados al valor y necesidades de dicho fin intermedio, sea éste el logro de un objetivo o sea la realización de un propósito que a ello contribuya. El exceso puede ser tan dañoso como la insuficiencia, y el verdadero ajuste deberá establecer una perfecta economía de las fuerzas en el sentido más profundo de esta expresión militar, muchas veces mal empleada. No obstante, a causa de la naturaleza e incertidumbre de la guerra, incertidumbre agravada por el estudio poco científico que de ella se hace, este ajuste riguroso excede a las facultades del mismo genio militar y el éxito puede descansar solamente en la máxima aproximación posible a la verdad.

Esta relatividad procede de que por extensos que puedan ser nuestros conocimientos sobre la ciencia de la guerra, su aplicación dependerá siempre de la habilidad del que la dirige, habilidad que no sólo podrá aproximar más el fin a los medios sino, al dar un mayor valor a éstos, permitir una mayor amplitud al fin. Ello complica el cálculo, por no existir hombre alguno que pueda calcular exactamente el grado que pueden alcanzar el genio o la estupidez de los seres humanos, ni tampoco su falta de voluntad.

Elementos y Condiciones.

No obstante todo ello, en la estrategia el cálculo es más sencillo y puede aproximarse más a la verdad que en la táctica. En efecto, lo que más escapa al cálculo es la voluntad humana, que en la guerra se manifiesta en capacidad de resistencia, la que a su vez pertenece al dominio de la táctica. La estrategia no tiene que vencer resistencias, salvo las que ofrece la naturaleza. Su objeto es disminuir la posibilidad de resistencia y trata de realizarlo explotando los factores del movimiento y la sorpresa. El movimiento es el dominio de la esfera física y depende de una estimación de las condiciones de tiempo, terreno y capacidad de transporte, entendiendo por este último término a la vez los medios de trasladar y mantener a las fuerzas, y la cantidad de ellas que pueden ser trasladadas y mantenidas.

La sorpresa pertenece, por el contrario, a la esfera psicológica y descansa en un cálculo mucho más difícil que el

de la esfera física, en el que juegan condiciones múltiples que varían de un caso a otro y que pueden afectar la voluntad del adversario.

Aunque la estrategia puede tender a explotar más el movimiento que la sorpresa, o al revés, los dos elementos no dejan por esto de reaccionar el uno sobre el otro. El movimiento provoca la sorpresa y la sorpresa da ímpetu al movimiento, porque un movimiento que se acelera o cambia de dirección envuelve inevitablemente un cierto grado de sorpresa, aun en el caso de que no trate de disimularse, mientras la sorpresa a su vez favorece al movimiento impidiendo al enemigo adoptar contramedidas adecuadas.

En lo que concierne a la relación entre la estrategia y la táctica, si bien en la ejecución el límite es con frecuencia impreciso y resulta difícil a veces decidir exactamente dónde termina la maniobra estratégica y empieza la maniobra táctica, en la concepción existe entre ambas una clara diferencia. La táctica se desarrolla en el dominio del combate, al que llena por completo. La estrategia no sólo se detiene en el límite del campo de batalla, sino que se propone precisamente reducir el combate a las proporciones más débiles.

Objeto de la Estrategia.

Este enunciado será, quizá puesto en tela de juicio por los que consideran que la destrucción de las fuerzas armadas del enemigo es en la guerra el objetivo único, y que la batalla es a su vez el único objeto de la estrategia. Los que opinan así están obsesionados por la frase de Clausewitz de que "la sangre es el precio de la victoria"; pero aunque no se les concediera este postulado para discutir con ellos en su propio terreno, el enunciado dado antes seguiría incommovible. Aunque fuera en efecto la batalla decisiva el objetivo único, todos habrán de reconocer que el objeto de la estrategia ha de ser librar esta batalla en las circunstancias más favorables, y cuanto más favorables sean las circunstancias, menos proporción habrá de combates.

La estrategia ideal debería, pues, consistir en provocar la decisión sin necesidad de ningún combate serio.

De su profundo estudio de la guerra, Clausewitz dedujo la conclusión de que "toda acción militar está penetrada de fuerzas inteligentes y de los efectos de estas fuerzas". No

obstante lo cual, los países en guerra se han esforzado siempre o han sido impulsados por sus pasiones a olvidar lo que implica tal conclusión. En lugar de emplear su inteligencia, han preferido romperse la cabeza contra el muro más próximo.

Acción de la Estrategia.

¿Cómo se produce la dislocación estratégica? En la esfera física o "logística", resulta de uno de los movimientos siguientes: a) que trastorne las disposiciones del enemigo y, al obligarle a un súbito "cambio de frente", disloque la distribución y organización de sus fuerzas; b) que separe sus fuerzas; c) que ponga en peligro sus abastecimientos; d) que amenace la ruta o rutas por las que en caso de necesidad podría retirarse y volverse a establecer en su base o en su país. La dislocación puede ser producida por un solo de estos efectos, pero las más de las veces es fruto de varios. Es difícil, sin embargo, establecer claramente una discriminación, porque un movimiento contra la retaguardia del enemigo tiende a combinarlos todos.

En la esfera psicológica, la dislocación resulta de la impresión ejercida sobre el pensamiento del mando por los efectos físicos que acabamos de enumerar. Tal impresión se acentúa fuertemente si el jefe se da cuenta de una manera súbita de que se halla desventajosamente situado y si tiene la sensación de que no le será posible contrarrestar la maniobra enemiga. En realidad, la dislocación psicológica surge de esta sensación de verse cogido en una trampa. Y tal es la razón de que haya seguido con frecuencia a una maniobra física contra la retaguardia del enemigo. Los ejércitos, como los hombres aislados, no pueden defenderse bien de un golpe por la espalda más que volviéndose para hacer frente a la nueva dirección, y el ademán de "volverse" hace perder momentáneamente el equilibrio a los hombres como a los ejércitos, si bien en estos últimos el período de inestabilidad resulta necesariamente mucho más largo. Es por esto por lo que el pensamiento es mucho más sensible a una amenaza por la espalda. Al contrario, al avanzar directamente contra un adversario, se consolida su equilibrio físico y psicológico y al consolidarlo, se incrementa su capacidad de resistencia. En el caso de un ejército, en efecto, lo que se hace así es empujar al adversario hacia sus propias reservas, suministros y esfuerzos, de tal manera que cuando desaparezca el

frente original, se habrán añadido nuevas capas desde atrás. Y en el mejor de los casos sólo se provocará un desgaste, pero no un colapso. Cuando se considere el aspecto físico no hay que perder de vista en ningún momento el aspecto psicológico, pues sólo al combinarse los dos resulta una estrategia realmente de aproximación indirecta y propia para dislocar el equilibrio del adversario. El mero hecho de marchar indirectamente hacia el enemigo y sobre la retaguardia de su dispositivo no constituye una aproximación estratégica indirecta. El arte de la estrategia no es tan sencillo. Una aproximación de este género puede muy bien empezar por ser indirecta con relación al frente enemigo, pero, precisamente por lo directo de la progresión contra su retaguardia, acabar por permitirle cambiar sus disposiciones y convertirse en consecuencia en una aproximación directa contra su frente nuevo.

Para evitar el riesgo de que el enemigo consiga efectuar un tal cambio de frente, es corriente y generalmente necesario que la maniobra de dislocación sea precedida de otro u otros movimientos que quizá sea lo mejor calificar bajo el término de "distracción" en el sentido literal de esta palabra: "separar una cosa de otra". El propósito de tal "distracción" es arrebatar al enemigo su libertad de acción, debiendo operar a la vez en las dos esferas física y psicológica. En la física, haciéndole distender sus fuerzas o dirigirlas a fines estériles, de tal modo que las tenga demasiado extensamente distribuidas y demasiado empeñadas con otras, para que puedan estorbar el movimiento propio que se quiere hacer decisivo. En la esfera psicológica se trata de conseguir el mismo efecto haciendo jugar los temores del mando enemigo y engañándole. La pérdida de su libertad de acción es consecuencia de la pérdida de su libertad de concepción. No basta tener una fuerza superior en el punto considerado como decisivo, a no ser que no exista posibilidad de que este punto sea reforzado a tiempo por el adversario.

Bases de la Estrategia.

Una verdad más profunda, a la que no llegaron plenamente Foch ni los otros discípulos de Clausewitz, es la de que en la guerra todo problema, como todo principio, es necesariamente dual. Tiene dos caras, como una moneda, y de aquí la necesidad de llegar a una componenda bien calculada

como medio de conciliación. Esto es consecuencia inevitable del hecho de ser la guerra un juego entre dos bandos e imponer por lo tanto la necesidad de guardarse, a la vez que se ataca. De donde se sigue naturalmente que, para atacar con éxito, hay que coger al enemigo cuando se descubre. Una concentración efectiva sólo puede lograrse cuando las fuerzas enemigas se hallan dispersas, y generalmente para lograr tal dispersión hay que distribuir también ampliamente las fuerzas propias, resultando así, por una aparente paradoja, que la verdadera concentración es fruto de la dispersión.

Otra consecuencia de aquella condición dual es que, para estar seguro de alcanzar un objetivo, hay que proponerse objetivos alternativos. En esto hay un contraste fundamental con la doctrina simplista del siglo XIX, propia de Foch y sus seguidores: el contraste de lo práctico con lo teórico. Porque si el enemigo está seguro de cuál es el punto amenazado, tendrá las mejores probabilidades de guardarse y de romper la punta del arma que le amenaza. En cambio, si adoptamos una línea que amenace objetivos alternativos, distraeremos a la vez las fuerzas y el pensamiento del enemigo. Además, este es el método de distracción más económico, porque nos permite conservar en nuestra línea real de operaciones la máxima proporción de fuerzas propias disponibles, conciliando de esta manera la concentración máxima posible con la dispersión necesaria. Un plan, lo mismo que un árbol, ha de tener ramas si se quiere que dé frutos. Un plan de objetivo único es probable que no pase de ser un leño estéril.

El Corte de Comunicaciones.

Al planear un ataque contra las comunicaciones enemigas, sea por medio de una maniobra que envuelva su flanco o por penetración rápida a través de una brecha abierta en su frente, surge la cuestión de qué punto será más conveniente alcanzar, de si hay que amenazar la retaguardia inmediata de la fuerza adversa o algún punto mucho más atrás.

En general, cuanto más próximo a las fuerzas se haga el corte, el efecto será más inmediato, y cuanto más próximo se halle este punto a la base, el efecto será más grande. En todo caso, el efecto será mayor y se sentirá más rápidamente, cuando se haga contra una fuerza en movimiento y mientras está llevando a cabo una operación, que cuando se haga contra una fuerza estabilizada.

Como última consideración, hay que tener en cuenta que mientras un ataque próximo a la retaguardia de las fuerzas causará un mayor efecto sobre el espíritu de las tropas, un golpe mucho más atrás ejercerá mayor impresión sobre el espíritu de su mandos.

La gran Estrategia.

Mientras la estrategia pura se ocupa exclusivamente del problema de "ganar la guerra", la gran estrategia ha de mirar más lejos, ha de mirar al problema de la paz. Este orden de pensamientos no equivale simplemente, como podría creerse, a "poner la carreta delante de los bueyes", sino a la necesidad de precisar a dónde han de ir los bueyes y la carreta.

El objetivo de la guerra es lograr una paz mejor... aunque sólo sea mejor desde el punto de vista propio. De aquí que sea esencial dirigir la guerra con la atención constantemente fija en la paz que se desea. Esta es la verdad que yace en el fondo de la definición de Clausewitz —"la guerra es la prolongación de la política por otros medios"— y que exige no se pierda de vista que aquella política, por medio de la guerra, se prolonga a su vez en la paz que debe seguirla. Un estado que gaste todas sus fuerzas hasta quedar agotado, arruina su propia política y su propio futuro.

Al concentrarse exclusivamente en la victoria, sin pensar en el efecto subsiguiente, puede llegarse a un agotamiento que impida aprovechar la paz, y es casi seguro que la paz lograda será mala y contendrá los gérmenes de una nueva guerra.

Otra conclusión que resulta del estudio de la gran estrategia (o política de la guerra nacional) sobre el amplio fondo de la historia, es la necesidad práctica de adaptar la teoría general de la estrategia a la naturaleza de la política fundamental de la nación. El Estado adquisitivo, insatisfecho por definición, necesita, para lograr su objetivo, ganar la victoria y debe correr, por lo tanto, unos riesgos mayores. El Estado conservador puede alcanzar el suyo, simplemente induciendo al agresor a renunciar a sus deseos de conquista, al convecerle de que los resultados no compensan los esfuerzos que habrá de hacer. Puede realmente lograr la victoria limitándose a frustrar las aspiraciones del otro bando. Puede decirse que si intenta más que esto llegará a perjudicar su

propia aspiración, agotándose en tal medida que quede incapaz de resistir a otros enemigos, o a los efectos internos del esfuerzo excesivo. El agotamiento en la guerra ha destruido más Estados que cualquier asaltante exterior.

Pesando estos factores del problema, se ve que lo que interesa a un Estado conservador es encontrar el tipo de estrategia que realice tal objetivo, naturalmente más limitado, conservando mejor sus fuerzas, a fin de asegurar el futuro, lo mismo que el presente. A primera vista, podría parecer que el sistema más económico sería el de la defensiva pura, pero tal método implica la defensa estática, y la experiencia histórica nos advierte que este es un sistema harto peligrosamente frágil para confiar en él. La economía de las fuerzas y el efecto esperado de disuadir al enemigo se combinan mejor en el método de la defensiva-ofensiva, basado en una gran movilidad que permita la rapidez en la respuesta.

Aunque la guerra es contraria a la razón, por ser el medio de decidir las cuestiones por la fuerza cuando no se ha logrado llegar a un arreglo por medio de conversaciones, la dirección de la guerra debe no obstante ser controlada por la razón, si se quiere que cumpla con sus fines. Porque:

1º — Aunque el combate es un acto físico, su dirección es un proceso mental. Cuanto mejor sea la estrategia propia, más fácil nos será obtener la superioridad y menos costoso será el proceso.

2º — Inversamente, cuantas más fuerzas desperdiciemos, más aumentaremos el peligro de que el equilibrio se destruya en contra nuestra y hasta en el caso de que logremos la victoria, menos fuerzas nos quedarán para aprovecharlas en la paz.

3º — Cuanto más brutales sean los métodos que empleemos, más encarnizados volveremos a nuestros adversarios, de lo que resultará naturalmente un endurecimiento de la resistencia que tratamos de vencer. Así, cuanto más igualados se hallen los dos bandos, más juicioso será evitar la violencia extrema, que tiende por naturaleza a consolidar a las tropas y al pueblo enemigo en torno de sus dirigentes.

4º — Estos razonamientos tienen más alcance. Cuanto más deseosos aparezcamos de lograr una paz completamente a nuestro gusto por la conquista militar, más rígidos serán los obstáculos que se alzarán en nuestro camino.

5º — Por último, en el caso de lograr nuestro objetivo militar, cuanto más exijamos del bando vencido, más preocupaciones nos crearemos y más motivos ofreceremos para una nueva tentativa del enemigo de invertir los términos fijados por la guerra.

El instinto combativo es necesario para triunfar en el campo de batalla —aunque incluso en este plano el combatiente que sabe conservar su sangre fría lleva ventaja sobre el hombre que todo lo ve “del color de la sangre”—, pero en todo caso ha de mantenerse siempre bien sujeto de la brida. El gobernante que deja suelto este instinto pierde, al hacerlo, su cerebro y no es el hombre indicado para tener en su manos el destino de la Nación.

La victoria, en su verdadera significación, implica que la paz siguiente y el estado de su propio país sean mejores de lo que eran antes de la guerra. En este sentido, la victoria sólo será posible cuando se pueda lograr un resultado rápido o cuando el esfuerzo, aun siendo largo, pueda ser económicamente proporcional a los recursos nacionales. El fin debe ser adecuado a los medios. Si no existe una probabilidad clara de tal victoria, el hombre de Estado prudente no deberá perder ninguna oportunidad de negociar la paz. Una paz por empate, basada en el reconocimiento mutuo de la fuerza del adversario, será siempre preferible, en último término, a una paz lograda tras el agotamiento recíproco; y con frecuencia ha constituido un mejor fundamento para un estado de tranquilidad duradera.

CAPITULO XII

LA ESENCIA CONCENTRADA DE LA ESTRATEGIA

En éste capítulo se tratará de sintetizar unas cuantas verdades de experiencia, sacadas de la historia de la guerra, que parecen ser tan generales y tan fundamentales que podrían llamarse axiomas.

Son reglas prácticas, no principios abstractos. Napoleón, había comprendido ya, que sólo la práctica puede ser de utilidad cuando nos da sus máximas. La tendencia moderna ha sido, en cambio, la de buscar principios que pudieran expresarse en una sola palabra, aunque luego hicieran falta

miles de palabras para explicarlos. Aun así, tales principios son tan abstractos que significan cosas distintas para hombres diferentes y su valor depende del concepto de la guerra que tenga cada uno. Cuanto más se prosigue en busca de tales abstracciones omnipotentes, más nos aparecen como un espejismo inalcanzable e inútil, como no sea en cantidad de ejercicio intelectual.

Los principios todos de la guerra —no simplemente uno de ellos— pueden condensarse en una sola palabra: “concentración”. Pero en realidad ha de ampliarse esta palabra en el sentido de “concentración de la fuerza contra la debilidad”. Y hay que añadir todavía, para dar a ésta expresión todo su valor, que la concentración de la fuerza contra la debilidad depende de la dispersión de la fuerza del contrario, lo que a su vez es fruto de la distribución de la propia, la que proporciona la apariencia y el efecto parcial de la dispersión. Dispersión propia, dispersión enemiga, concentración propia, tal es el orden lógico en que cada término deriva del anterior. La verdadera concentración es el fruto de una dispersión calculada.

He aquí, pues, un principio fundamental cuya comprensión puede evitar el error también fundamental, aunque muy frecuente, de dar al enemigo lugar y tiempo de proceder a otra concentración en frente de la propia. No basta, sin embargo, enunciar el principio para sacar de él provecho práctico.

Los axiomas a que antes me he referido —y que expresaré como máxima— no pueden condenarse en una sola palabra, pero pueden serlo en un mínimo de palabras. Serán ocho en total —seis positivos y dos negativos— y son aplicables igualmente a la estrategia y a la táctica, siempre que no se indique lo contrario.

Positivos.

1. — Ajustar el fin a los medios disponibles. Al elegir el fin, ha de prevalecer una visión clara y un cálculo frío. Sería locura “morder más de lo que cabe en la boca”, y el sentido de lo que es posible es el principio de toda la sabiduría bélica. Hay que aprender, pues, a mirar cara a cara los hechos a la vez que se conserva la fe, ya que para cuando empiece la acción habrá gran necesidad de esta fe que puede conseguir lo imposible. La confianza es como la corriente de

una batería de acumuladores: no hay que gastarla toda en un esfuerzo vano y no hay que olvidar que la confianza en uno mismo, por firme que sea, no servirá de nada si los elementos de la batería, o sea los hombres con que se cuenta, han quedado exhaustos.

2. — No perder nunca de vista el fin, aunque el plan se vaya adaptando a las circunstancias. Debe recordarse que hay muchos modos de llegar al fin, pero se debe tener cuidado de que todos los objetivos conduzcan a él. Y al considerar estos objetivos posibles, hay que comparar sus posibilidades de logro con su utilidad para el fin último, una vez logrados. Porque malo es extraviarse por un camino lateral, pero es peor llegar a un callejón sin salida.

3. — Escoger la línea (o acción) más inesperada. Tratar de ponerse en el lugar del enemigo y pensar lo que es menos probable que adivine o prevea.

4. — Explotar la línea mínima de resistencia mientras conduzca a algún objetivo que pueda contribuir al fin definitivo. En táctica, esta máxima se aplica al empleo de las reservas; y en estrategia, a la explotación de todos los éxitos tácticos.

5. — Escoger una línea de operaciones que ofrezca objetivos alternativos, porque así se pondrá al adversario entre los términos de un dilema y esto contribuirá en gran medida al logro, por lo menos, de uno de los objetivos —el peor guardado— y podrá hacer posible que se vayan logrando todos sucesivamente.

Los objetivos múltiples dan oportunidad para lograr uno de ellos, en tanto que un objetivo único, de no ser el enemigo irremediablemente inferior, significa casi la certeza de no alcanzarlo, desde el momento en que el enemigo no tendrá duda alguna sobre el punto amenazado. No hay error más corriente que el de confundir la unidad de línea de comunicaciones, que es una medida generalmente juiciosa, con la unidad de objetivo, que es una cosa casi siempre inútil. Esta máxima es aplicable principalmente en estrategia, pero encuentra igualmente aplicación en el campo táctico, constituyendo en realidad la base de la táctica de infiltración.

6. — Cuidar de que sean flexibles, tanto el plan como el dispositivo. El plan debe prever para cada etapa lo que

debe hacerse en caso de fracaso, de éxito o de éxito parcial, que es el más frecuente en la guerra. El dispositivo ha de permitir tal adaptación, en el mínimo tiempo posible.

Negativos.

7. — No lanzar todas las fuerzas en un solo golpe cuando el enemigo está en guardia, o sea cuando puede parar o esquivar el golpe. La experiencia de la historia muestra que, salvo contra un adversario muy inferior, no resulta efectivo ningún golpe mientras no se haya paralizado previamente su poder de resistencia o de maniobra. De aquí que ningún jefe deba lanzar un ataque serio contra un enemigo en posición, antes de estar convencido de que ha sobrevenido tal parálisis. Esta se produce por la desorganización y su equivalente espiritual, la desmoralización.

8. — No renovar un ataque siguiendo la misma línea (o en la misma forma) una vez que ya ha fracasado. Un simple incremento de masa no basta para cambiar las condiciones, pues es probable que el enemigo se haya reforzado también en el intervalo transcurrido. Es probable incluso que su éxito le haya reforzado moralmente.

La verdad esencial que constituye el fondo común de estas máximas, es la de que para lograr el éxito hay que resolver dos problemas principales: la dislocación y la explotación. El primero procede y el segundo sigue al choque propiamente dicho. No se puede golpear con efecto apreciable si no se ha creado primero la oportunidad; y no se puede hacer tal efecto decisivo, si no se explota la segunda oportunidad, o sea, la que se presenta antes de que el enemigo se haya recobrado del golpe.

Nunca se ha reconocido plenamente la importancia de estos dos problemas y este hecho explica, en gran medida, la falta de decisión habitual de las guerras. La preparación de los ejércitos se consagra principalmente a desarrollar su eficiencia en la ejecución detallada del ataque. Tal concentración sobre la técnica del combate en ejercicios de tiempo de paz tiende a obscurecer el elemento psicológico, pues fomenta el culto de la fuerza, en vez del de la sorpresa, y forma mandos que se preocupan tanto de no incurrir en ninguna falta, es decir, de no contrariar el "reglamento", que olvidan

la necesidad de obligar al enemigo a que incurra por su parte en algún error. Resulta de ello que sus planes no conducen a nada útil, porque en la guerra, es haciendo cometer errores al adversario como más fácilmente puede romperse el equilibrio a favor del propio bando.

Cuando aquí o allá ha habido un General en Jefe que ha esquivado lo inmediato, ha encontrado en lo inesperado la clave de la decisión, excepto cuando le ha fallado la suerte; porque la fortuna no puede nunca divorciarse de la guerra, desde el momento mismo en que la guerra forma parte de la vida. Lo inesperado no puede, pues, garantizar el éxito, pero garantiza la mejor probabilidad de lograrlo.